

LA AGRICULTURA Y LA PROFESION AGRONOMICA (1)

Por ROMULO A. FERRERO

*Profesor de Economía Agrícola en la Universidad
Católica del Perú*

He tenido un verdadero placer al recibir la invitación que el Centro de la Juventud Católica de Lima ha tenido la amabilidad de hacerme —y que agradezco debidamente— para participar en este ciclo de conferencias de orientación profesional, hablando de la profesión de Ingeniero Agrónomo, que es la mía. Proviene este placer de tres motivos: primero, que, siendo yo maestro, nada puede serme más grato que contribuir a proyectar alguna luz sobre el sendero que habrán de seguir en el futuro los alumnos a través de la vida; segundo, que me siento todavía lo suficientemente joven para poder revivir las mismas horas que ellos viven actualmente, y para recordar cómo se me planteaba el mismo problema; y, tercero, porque siendo un enamorado de mi profesión, me agradaría sobremedida ayudar a la decisión final de los que se sientan atraídos por ella. En consecuencia, voy a tratar de exponer mis puntos de vista acerca de este tema, procurando llamar la atención hacia determinados aspectos que me parecen tener una gran importancia.

Considero, ante todo, que el joven alumno que está en vísperas de terminar su instrucción secundaria y desea estudiar una profesión, debe ver en ésta dos cosas: no sólo *un medio para ganarse la vida*, que es el primer fin visible para la mayoría, sino *un modo de vivir*, que es lo que muchos no toman en cuenta. Desde luego, es obvia la importancia de forjarse armas que ayuden a abrirse paso

(1).—Conferencia dada en el Centro de la Juventud Católica, el 16 de noviembre de 1939.

en la cotidiana lucha por la vida, para asegurarse el bienestar material necesario, y en la mayor medida posible; pero una profesión que fuera escogida y ejercida sin ningún otro móvil ni consideración estaría desprovista de contenido ideal, que es el que confiere, justamente, verdadero atractivo a su ejercicio, y del cual dependen no sólo las satisfacciones morales que ella brinda, sino aún más, el mismo éxito económico que reporte.

Hay que entender, pues, que la profesión no puede ser considerada como un simple medio de vida, como un instrumento de trabajo que puede ponerse a un lado en las horas en las cuales no precisa emplearlo para el logro inmediato de los fines que se persigue; por el contrario, la profesión debe ser, además, un verdadero fin en sí misma, que exige a quien a ella se dedica considerarla como una parte integrante de su personalidad, compenetrada con la conciencia y presente a todas horas. Aficionándose a ella, cultivándola y perfeccionándose, se llega a derivar de su ejercicio las satisfacciones morales que son las que mayor valor tienen para un individuo; y, al mismo tiempo, se aumenta su eficacia utilitaria. Un profesional que no tiene verdadero cariño por su profesión, muy difícilmente puede descollar en su ejercicio, ni obtener los frutos materiales que le pide. En una palabra, no sólo hay que *ejercer* una profesión, sino, también, *vivirla*.

De lo anterior se deduce que el joven que se siente atraído por una profesión debe mirarla con la mayor atención desde este punto de vista, procurar comprender su índole y su significado, considerar las disciplinas científicas a las que deberá sujetarse, y analizar el medio donde deberá actuar, así como la forma de hacerlo. De este estudio extraerá la conclusión respecto a su capacidad y vocación para dichas disciplinas, y su inclinación por la clase de vida, intelectual y material, que estará condicionada en el futuro por esa profesión. Al mismo tiempo, debe pensar en la importancia que tiene ésta, no ya para sí mismo, sino para la sociedad a la que pertenece, porque es necesario que todos los actos de la vida estén inspirados, aparte del natural y justificado interés personal, en el deseo de ser útil a sus semejantes dentro del límite de las posibilidades y del campo de acción de cada uno.

La agronomía viene a ser la ciencia aplicada a la agricultura; mejor sería decir las ciencias, dada la amplitud y variedad de sus estudios. Ahora bien, ¿qué es la agricultura?; ¿qué cosa representa para la sociedad? La agricultura es la más antigua, la más indispensable y la más noble de las ocupaciones del hombre, y merece, por lo tanto, ser colocada en lugar preferente entre las actividades económicas. Marca los principios de la civilización, que sólo puede iniciarse gracias a ella, y que avanza paralelamente a su desarrollo y progreso. En efecto, para que el hombre primitivo, salvaje y nómada, deje de serlo; para que se constituyan sociedades humanas sedentarias y progresistas, es preciso que ese hombre aprenda a cultivar la tierra, a domesticar animales y plantas, para explotarlos y obtener la masa de alimentos y otros productos que necesitan las concentraciones densas de la población. Así como no existe verdadera civilización cuando los pueblos son errantes, no pueden éstos hacerse estables si no saben explotar el suelo para sustentarse. Es por esto que la agricultura, que les permite hacerlo, marca junto con el fuego, que cocina los alimentos, forja las armas y utensilios y abriga los hogares, los albores de la vida civilizada. Sólo después de aparecer ella, y después de progresar, pueden algunos hombres eximirse de la diaria búsqueda directa del sustento para dedicarse a otras tareas, con lo que se desarrolla la industria y avanza la civilización.

Las necesidades primordiales de la humanidad son satisfechas por los productos de la agricultura: alimentación, vestimenta y alojamiento primitivo. Puede concebirse un pueblo que carezca de todos los adelantos de la moderna civilización, que no tenga ni conozca ferrocarriles, automóviles, teléfonos, radio-receptores, cinemas ni refrigeradoras, pero no se puede concebir un pueblo que sea civilizado sin conocer una agricultura por rudimentaria que sea; no lo ha habido nunca, ni podrá haberlo jamás. La agricultura es así el requisito primero, por antigüedad y por importancia, para una vida civilizada; y a medida que progresa va rindiendo mayor cantidad de productos con igual esfuerzo, —librando brazos para otras actividades—, y mayor variedad de ellos, que sirven como materias primas para industrias importantes: textil, química, plástica, etc., diversificando y aumentando su contribución el bienestar colectivo.

La función del hombre que se dedica al estudio y ejercicio cien-

tífico de la agricultura, esto es, del ingeniero agrónomo, es procurar que se verifique aplicando la técnica más perfeccionada, de modo a obtener los mejores resultados posibles. La técnica agrícola es sumamente compleja, porque resume una serie de ciencias que abarcan un gran número de ramos del saber humano, y, sobre todo, porque tiene que poner en juego fuerzas naturales que son sólo parcialmente previsibles y controlables. La agricultura es una actividad que tiene por objeto obtener productos animales y vegetales útiles para el hombre, partiendo de la materia inanimada y elevándola progresivamente en la escala de los reinos de la naturaleza. Es, así, una función creadora y trasformadora, revestida del más alto interés y de la mayor trascendencia; y que hace al hombre que a ella se dedica participe y colaborador, por decirlo así, en la obra divina de la creación, en lo cual radica uno de sus más grandes atractivos.

El rol del hombre en la agricultura es particularmente importante. Le toca preparar, condicionar, guiar y vigilar los procesos naturales que conducen a la creación de esos seres vivos —animales y plantas— de los cuales obtendrá los productos que necesita. Su labor es singularmente preciosa y atractiva: con el auxilio de una pequeña simiente, poniendo en juego los ilimitados recursos de la tierra, del aire y del agua —los tres elementos del mundo antiguo—, hace germinar y crecer plantas, ya sea para aprovecharlas directamente, ya sea para suministrarlas a los animales, que volverán a trasformar la materia hecha orgánica por los vegetales después de su origen inanimado, en otra materia que ocupa un lugar más alto en la escala de los seres vivos, del cual pasará, finalmente, a ser utilizada por el hombre. No cabe, por cierto, función más trascendente, más noble ni más elevada que la de quien provoca y dirige estos procesos.

Tal es la misión del ingeniero agrónomo: poner su técnica al servicio de este proceso. Necesita conocer multitud de ciencias: la física y la química, que se encuentran en la base de todas las actividades del mundo inorgánico y orgánico; la biología, la anatomía y fisiología animales y vegetales. Debe estudiar cómo se forma el suelo a partir de las rocas y qué agentes intervienen en esa génesis; debe saber en virtud de qué admirables procesos los elementos minerales de ese suelo, del agua y de la atmósfera llegan a constituirse en materia vegetal, orgánica y animada; necesita aprender a ejer-

citar su acción en el curso de estos procesos, para ayudarlos y dirigirlos; finalmente, debe ajustar sus actividades a un criterio económico, para que los resultados obtenidos estén de acuerdo con los recursos empleados y dejen beneficio. La economía también hace presente así sus derechos, y viene a completar el cuadro de las ciencias que importan para la agricultura.

Pero el ejercicio de estas actividades tiene, para quien quiere verlo y sentirlo, el encanto de acercar al hombre a la naturaleza, de ponerlo en contacto con las fuerzas vitales primitivas, de apegarlo al suelo que habita, de hacerlo más sano de cuerpo y espíritu, más patriota y más austero. Lo enseña a ser cuidadoso, pues todos sus actos deben ser medidos con la atención de quien está interviniendo en un proceso de vida; precavido contra las contingencias de la naturaleza; paciente para esperar los resultados, pues la agricultura es la ocupación para el mañana; amante de la tierra, que es la expresión material de la patria. La raza de los agricultores es la raza que engrandece a los pueblos, y la que más deben cuidar éstos por sus especiales virtudes: fué ella la que dió a Roma su poderío, y su decadencia trajo consigo la del Imperio; ella fué, también, la base sobre la que se asentaba nuestro antiguo Imperio Incaico, a cuyo engrandecimiento tanto contribuyó. La historia se repite, y hoy encontramos extendido en todo el mundo el reconocimiento de la trascendencia del rol que desempeña esta clase en todos los países, cuyos gobiernos le dispensan, por eso, y sin distinción de tendencias ideológicas, especial consideración.

El rol que se asigna a la agricultura en la vida moderna es múltiple y de gran importancia, la que ha aumentado en los últimos tiempos. *Desde el punto de vista económico*, le corresponde producir los artículos más necesarios para el hombre, como son alimentos y materias primas, especialmente textiles, y este aspecto preocupa extraordinariamente a los países europeos, sobre todo, en esta época de agitaciones políticas internacionales y de tendencias autárquicas; *desde el punto de vista demográfico*, le toca sostener el crecimiento vegetativo de la población, que merma considerablemente en las ciudades y entre la población industrial por el descenso del coeficiente de natalidad, siendo así la población agrícola el fecundo venero de brazos que abastece a todas las demás ocupaciones; *desde el punto de vista moral*, constituye el baluarte de la familia, por ser

la única ocupación primaria que sigue estando organizada en la mayor parte del mundo sobre la unidad familiar. Base de la economía y de la potencia demográfica, viene así a ser la base de la sociedad, con tanta mayor razón cuanto que la clase agrícola es la de vida más sana, más sencilla y la única que ayuda a conservar y reforzar los lazos de la familia, relajados por la industrialización que trae consigo el trabajo de mujeres y niños y el abandono de la vida del hogar.

Es el servicio de una actividad de esta naturaleza que deberá consagrarse quien escoja la profesión de ingeniero agrónomo. Lo que he tratado de decir acerca de su significado en la vida del hombre bastará, según espero, para hacer ver a los que ya se sientan atraídos, la importancia y nobleza de su misión. Ninguna ocupación más digna; ninguna tampoco, y hay que decirlo desde ahora, que más absorba el tiempo y las energías de quien la practica. La agricultura no entiende de horas de oficina ni de días de descanso: su tarea, identificada con el crecimiento de los seres vivos, debe seguir el ritmo de ese proceso, observándolo y dirigiéndolo continuamente. Pero no es, en modo alguno, una ocupación tiránica, como tampoco es mezquina en recompensas: no sólo desde el punto de vista económico, por cierto muy respetable, sino, sobre todo, por la satisfacción moral que experimenta quien ve tangibles los frutos de sus esfuerzos, bajo la forma de seres que ha ayudado a crear y desarrollar, sintiéndose artífice de este proceso.

Los progresos de la vida moderna también contribuyen hoy a hacer más grata la vida del hombre del campo, despejando muchas de las sombras que antes la oscurecían, especialmente por la falta de vida social a la que en muchos casos lo condenaba su aislamiento. Antaño, el agricultor metido en la chacra sólo tenía relación con sus vecinos inmediatos, y estaban a su alcance contadas distracciones para sus ratos de ocio. Hogaño, los inventos modernos han beneficiado notablemente su vida: la radio ha traído al hogar un útil elemento cultural y recreativo, que comunica las noticias del día, las cotizaciones que interesan al agricultor y trasmite la música que lo recrea; el teléfono lo enlaza con los otros hogares y con los centros

poblados; los caminos y vehículos a motor han roto su aislamiento; y la vida de relación, tan necesaria para el hombre, cobra una intensidad antes desconocida, y por muchos conceptos benéfica.

La técnica agrícola requiere el concurso de muchas ciencias, como ya he dicho antes. Agregaré ahora algunas palabras para detallar el campo de los conocimientos que debe adquirir el agrónomo, y aclarar así el panorama de los estudios futuros de los que pretendan serlo. En líneas generales, la agronomía debe estudiar los factores naturales que intervienen en la agricultura, y que son, a la vez, medio ambiente y materia prima: *el suelo*, sostén de todos los seres que habitamos este planeta, reservorio inagotable de materias primas para la elaboración de los tejidos vegetales y laboratorio donde se realizan las más complejas reacciones químicas y biológicas; *el agua*, componente principal de esos mismos tejidos y vehículo de entrada de los elementos nutritivos a las raíces; *el aire*, la tercera fuente de alimentos para las plantas. Hay que estudiar, además, la fuente de energía para los fenómenos vitales: la radiación solar que permite la síntesis de los carbohidratos; los procesos de formación de los tejidos y su desarrollo; la acción del clima sobre la constitución de los suelos y sobre la vegetación. Finalmente, hay que estudiar los factores económicos: Costos, mercados, precios, para organizar y orientar esas actividades en la forma que rinda los mayores beneficios.

El estudio del suelo corresponde a la Agrología, o más propiamente a la Pedología; el estudio del clima, a la Climatología; el de la alimentación vegetal a la Fisiología; el de la economía de la producción, a la Economía Agrícola. Pero estas ciencias, a su vez, están basadas en las ciencias madres: la Física, la Química y las Matemáticas, y requieren el concurso de otras auxiliares: la Genética, la Patología Animal y Vegetal, la Ingeniería, etc. El campo es así muy vasto y apropiado para la especialización, por lo que en el ejercicio de la profesión agronómica cabe escoger orientaciones particulares que se presten al aprovechamiento óptimo de las condiciones personales de cada uno. Se tiene, por un lado, la labor de la producción agrícola misma, esto es, el trabajo en el campo en el cual

caben las variaciones de las distintas ramas; por otra parte, la creciente importancia de la química para multitud de aplicaciones: análisis de suelos, de abonos y de materias vegetales, control de procedimientos tecnológicos, etc., señalan una nueva especialización; estos mismos procedimientos tecnológicos pueden constituir de por sí un amplio y variado campo de especialización: elaboración de azúcar, de vinos, de productos lácteos, etc. Además de esto, la agricultura sólo puede subsistir y progresar si se la protege contra los enemigos naturales que la atacan, lo que requiere entomólogos y fitopatólogos; exige cada día plantas y animales mejores, más precoces, resistentes y productivos, lo cual pide el concurso del genetista; demanda también el estudio y solución de los distintos problemas que la afectan, labor que corre a cargo de los investigadores y experimentadores; en fin, siendo cada vez más una actividad esencialmente económica, ha de recibir orientación apropiada y control constante de esa clase. En el campo, en la fábrica, en el laboratorio, en la estación experimental, etc., hay sitio para todos, y lugar aparente para las facultades especiales de cada uno.

He dicho que la agricultura es cada vez más una actividad esencialmente económica —en el sentido de que los factores de esta índole tienen importancia creciente— y esto aumenta la necesidad de que ella se sujete a una técnica adelantada. Sin duda, en todos los tiempos ha sido conveniente el empleo de la técnica, cuyo fin es obtener el máximo provecho con el mínimo esfuerzo, lo cual siempre ha constituido un natural deseo del hombre; pero nunca ha sido más imperiosa la necesidad de esa técnica que en las condiciones actuales de la economía moderna.

Antiguamente el agricultor se dedicaba a obtener los productos que necesitaba para abastecer su propio consumo y el de su familia, o cuando más el de la reducida localidad a la que pertenecía. Pero en el siglo pasado se operó una profunda revolución en las condiciones económicas internacionales, en virtud de los inventos relativos a las vías de transporte, y del formidable desarrollo de la industria. Esta última provocó enormes concentraciones de población obrera que exigía cantidades de alimentos que no podía suministrar su propio país; aquellos, especialmente el ferrocarril y el vapor, posibilitaron el transporte de productos agrícolas de un extremo al otro de la tierra. La agricultura en todas partes varió su

orientación; dejó el agricultor de producir todo lo que necesitaba y sólo lo que necesitaba, para dedicarse exclusivamente a producir lo que con mayores ventajas podía vender, adquiriendo en cambio todos los otros artículos que deseaba. La agricultura dejó de ser del tipo de *subsistencia* para convertirse en *comercial*.

Es justamente esta comercialización de la agricultura la que hace más imperioso el empleo de una técnica perfeccionada. Los productores ya no actúan en un ambiente económico cerrado, al abrigo de las influencias externas, sino que al contrario deben vender en mercados nacionales y mundiales abiertos a la competencia de todos y esta competencia debe ser vencida si se quiere obtener beneficios y continuar en la brega. Ya no basta trabajar más o menos bien la tierra; hay que extraer de ella la mayor cantidad de productos al menor precio que se pueda. Y para esto hay que acudir a la técnica: para que aumente la eficacia de las labores de preparación del suelo, de cultivo, de riego, de abonamiento; para que abarate el costo de todas las operaciones; para que suministre plantas y animales más precoces, más productivos y más resistentes a las enfermedades; para que perfeccione los procedimientos de elaboración y transformación de los productos; etc., etc. Y las trastornadas condiciones de la economía moderna aumentan esta necesidad de refinamiento técnico para luchar no sólo contra la libre competencia, sino también contra las medidas proteccionistas que adoptan muchos países pagando subsidios a los agricultores o imponiendo altos derechos de importación a los productos agrícolas extranjeros.

Vamos a examinar, ahora, cuál es el campo de acción que ofrece nuestro país a los ingenieros agrónomos, tanto desde el punto de vista del significado que tiene la agricultura en la economía y en la vida nacionales, cuanto desde el del rol que ellos pueden desempeñar en beneficio del progreso y de la prosperidad de la patria actuando en la esfera que les corresponde y contribuyendo a resolver algunos problemas de interés general que tienen gran trascendencia para nuestro porvenir.

El Perú tiene una larga y honrosa tradición agrícola, que se remonta a los tiempos más antiguos de su historia, anteriores aún al Imperio Incaico. Goza del privilegio de haber sido, en todo el mun-

do, uno de los centros primarios de origen de la agricultura, papel que en nuestro continente sólo es compartido por México. Nuestro país ha hecho valiosos aportes a la agricultura mundial con muchas de sus plantas nativas, tanto alimenticias como industriales y medicinales, entre las que cabe destacar por su importancia a *la papa*, uno de los vegetales que producen mayor cantidad de alimentos por hectárea; *el algodón*, principal fibra textil utilizada hoy por la humanidad —si bien hay otras especies de algodón no peruanas ni americanas—; y *la quina*, eficaz agente de combate del paludismo, que ha transformado radicalmente las condiciones sanitarias de las regiones que antes assolaba ese flagelo.

Nuestros antepasados no sólo se distinguieron por su habilidad para utilizar plantas silvestres que domesticaron y explotaron, sino que alcanzaron también un elevado nivel de perfeccionamiento en la técnica agrícola, venciendo los enormes obstáculos opuestos por las condiciones naturales adversas merced a un titánico esfuerzo que concita hasta nuestros días la admiración general. Para remediar la deficiencia o irregularidad de las lluvias en la Sierra, o su total ausencia en la Costa, construyeron admirables canales y acueductos, muchos de los cuales siguen prestando servicios en la época actual; para aumentar la tierra de cultivo de que disponían, y para defenderla de la erosión a que estaba expuesta en las pendientes, erigieron los andenes o terrazas, portentosas obras que sobreviven como monumentos a la empresa de los antiguos peruanos. Reglamentaron el uso del agua y de los abonos; las épocas de las labores agrícolas; hicieron obligatorio el trabajo de la tierra, efectuando en forma colectiva; y gracias a un cultivo intensivo logrado por todos estos medios, pudieron alimentar ampliamente a toda su población, acumulando considerables reservas de emergencia que los conquistadores encontraron, admiraron y aprovecharon.

Base de la vida económica y social durante el Incanato, que en realidad era esencialmente una confederación de tribus y comunidades agrarias, la agricultura peruana ha conservado análoga importancia dentro de nuestra vida actual, una vez pasado el parcial eclipse que experimentó durante el Coloniaje por la preferencia dada a la minería. La agricultura sigue siendo, desde todo punto de vista, la actividad económica fundamental en el país, la que condiciona su desarrollo y supedita su progreso. La Naturaleza ha querido que el

Perú fuera un país agrícola y minero en virtud de sus particulares condiciones geográficas, pero aun más lo primero. La cordillera de los Andes, accidente predominante, determina diversas regiones en nuestro territorio y confiere a cada una clima, relieve y accesibilidad particulares. En el curso de unas horas de camino, partiendo del litoral hacia Levante, se atraviesa el país pasando de la Costa húmeda y cálida a la fría Sierra, la glacial Cordillera, la destemplada e inhóspita Puna, para volver a bajar luego y llegar a la exuberante y agobiadora selva amazónica, encontrando una gran variación de condiciones naturales.

Esta variedad de climas y situaciones geográficas enriquece la flora nativa, diversifica la agricultura pero, también, dificulta considerablemente la acción del hombre para explotar el suelo, estableciendo ventajas en favor de alguna de las regiones y entabando el progreso de otras. La Costa se beneficia por su vecindad al mar, que significa no sólo la salida de sus productos por el medio de transporte más barato, sino también, lo cual es muy importante, el continuo intercambio espiritual con otros pueblos, que es un poderoso factor para el adelanto de la civilización. Cuenta con un clima favorable, con suelos fértiles, con agua de riego y con una cantidad de tierras relativamente menos escasa que en la Sierra, por todo lo cual su agricultura es mucho más próspera y adelantada. El algodón y la caña de azúcar dan rendimientos que figuran entre los más altos del mundo, y han enriquecido y continúan enriqueciendo al país con una corriente anual de exportaciones al extranjero que posibilita la venida de innumerables productos que contribuyen a que gocemos de las ventajas de la civilización moderna. El arroz, tercer gran cultivo de esta región, y otros, como el maíz, las menestras, los tubérculos, etc., etc., así como la leche, subvienen a la mayor parte de las necesidades alimenticias de su población.

La agricultura de la Sierra es completamente diferente, tanto en su orientación cuanto en su estructura y en su nivel de progreso. Mientras que la Costa dedica cerca de la mitad de sus tierras a obtener los productos que exporta para enriquecerse, la Sierra destina prácticamente la totalidad de su suelo cultivado a atender las necesidades alimenticias de su propia población, y a completar las de la Costa. Su agricultura ha permanecido fiel a su tradición en cuanto a los cultivos principales: papas y maíz, plantas netamente americanas,

a los que se ha agregado el trigo y la cebada introducidos por los conquistadores; y también continúa siéndolo por el carácter esencialmente local de las actividades y por la supervivencia de la propiedad indígena, ya sea comunal o privada. Sus pastos naturales han permitido el desarrollo de una importante ganadería lanar, que constituye el único renglón apreciable de las exportaciones agrícolas de esta región, y el único que contribuye a enriquecerla. Pero las eventualidades del clima, el abandono de las antiguas tradiciones de trabajo colectivo y organizado y de las obras de mejoramiento, provocado por la Conquista, así como la falta de técnica, la escasez de tierras cultivadas y la dificultad de transporte, han reducido a su agricultura a un nivel de productividad muy bajo, que atenta no sólo contra el bienestar económico sino ya contra el mismo régimen alimenticio de los pobladores.

La Montaña o selva amazónica, tercera y última región de nuestro territorio, permanece todavía detenida en los umbrales de la nacionalidad y de la civilización, de las que la separan la barrera de los Andes, hacia el Pacífico, y la inmensidad del continente, hacia el Atlántico; como también su clima tropical dificulta su conquista por el hombre blanco, no adaptado a él. No podemos decir que hasta ahora hayamos hecho otra cosa que comenzar a tocarla, con la explotación de algunos pequeños valles situados en su cabecera, que apenas son insignificancias comparadas con su abrumadora extensión, y con la obtención de materias extractivas en el lejano oriente. Su conquista constituye una de las más importantes empresas que tiene por delante el país.

Es en este cuadro que se desarrollan las actividades agrícolas nacionales, de cuya trascendencia se podrá tener una idea aproximada con el auxilio de algunos índices apropiados. De los seis y medio millones de habitantes que, aproximadamente, pueblan nuestro territorio, no menos de las tres cuartas partes se ocupan en, y viven del trabajo de la tierra, lo cual basta ya por sí sólo para apreciar la importancia que tiene la agricultura. La mayoría de la población está así ligada a la tierra, y su destino corre unido al de ella, lo cual debe tenerse presente cuando se considera los problemas nacionales de índole económica y social. Por otra parte, el valor de la producción

agrícola total, en la que se incluye, desde luego, la pecuaria, es considerablemente superior al de cualquier otra actividad económica en nuestro país, siendo mucho mayor que el valor de los productos de las otras dos actividades que le siguen en importancia: minería e industria, reunidas. Puede estimarse en unos 500 millones de soles el valor anual de la producción agropecuaria, que alimenta y viste a nuestro pueblo, y nutre nuestro comercio exterior.

Acabo de mencionar este comercio. Pues bien, toca en él parte muy principal a los productos agrícolas, como que el 40 por ciento de nuestras exportaciones está constituido por el algodón, el azúcar, las lanas, cueros y pieles, que contribuyen poderosamente a tonificar nuestra economía, con tanto mayor razón cuanto que, a diferencia de lo que ocurre con los otros productos principales de nuestro suelo: el petróleo y los minerales, no son explotados por empresas extranjeras sino nacionales, y la producción agrícola ocupa no unas cuantas decenas de miles de personas, como aquellas, sino alrededor de un millón y medio de trabajadores, que con sus familias constituyen la mayoría de la población. Como ocupación primaria de los habitantes; como principal fuente de riqueza privada y pública; como partícipe importante en el comercio de exportación, la agricultura está situada en el primer lugar en la economía nacional.

Los ingenieros agrónomos encuentran así en el país un vasto campo para el ejercicio de su profesión, campo en el cual pueden hacer mucho no sólo en su propio provecho, sino en beneficio del progreso nacional, que en muchos aspectos depende de su agricultura. Efectivamente, no le faltan a ésta importantes problemas que en la actualidad limitan el desarrollo económico del país, y que deben ser resueltos con el concurso de los agrónomos, a los que está reservada así una elevada misión. No voy, desde luego, a tratar en esta ocasión de estos problemas, porque estaría fuera de lugar, pero no creo inconveniente mencionarlos, para dar a los que piensen dedicarse a esta profesión, una somera idea del alcance que pueden tener sus actividades en este orden de ideas.

Nuestra agricultura tiene ante sí varios problemas de gran interés, entre los cuales voy a mencionar unos cuantos, tal vez los principales. Tenemos en primer lugar el problema del aumento del área cultivada, que hoy día es escasa en relación con la población, tanto más cuanto que la mayor parte de ésta vive del trabajo del suelo. Este

aumento del área puede obtenerse por medio de la irrigación, especialmente en la Costa, siempre que sea económico construir las obras necesarias. Un segundo problema, conexo con el anterior, es el de la intensificación de la producción, especialmente en la Sierra, donde los rendimientos son bajos; esto puede perseguirse por la difusión de la instrucción general y agrícola, y del crédito. Un tercer problema es el del mejoramiento de las plantas cultivadas, sobre todo las que constituyen la base de la agricultura de la Sierra: papas y maíz. En cuarto lugar tenemos la diversificación de cultivos en la Costa, para no depender como ahora casi exclusivamente de uno solo: el algodón. En fin, para no alargar esta enumeración, volveré a mencionar el problema de la colonización de la Montaña, tarea por si sola formidable.

Como habrán podido apreciar, existen campos de acción eminentemente adecuados para los agrónomos, y en los cuales pueden éstos obtener resultados de positivo valor para el país, si es que éste los emplea, como debe hacerlo, para resolver dichos problemas. Pocas profesiones están llamadas a tener mayor influencia sobre el porvenir de nuestra patria que la que me ha ocupado estos minutos, abusando de la atención de Uds. Espero que mis palabras los hayan interesado siquiera un poco, los hayan ilustrado algo acerca de mi carrera y contribuyan a decidir su ánimo en la elección de su futura profesión. En esta confianza pongo punto final a mi charla.

Rómulo A. FERRERO